

EL UTENSILIO MÁGICO: UN LAPICERO

Huesca, tierra de escritores. Huesca, tierra de pintores. Un atardecer del dulce agosto, cuando el sol ya desaparecía dando paso a la noche, en una casa lejana del centro, un llanto de oro se escuchaba junto a las risas de dos hermanos entusiasmados y a la calma de unos padres, que veían ya en sus manos el premio de una nueva vida, un nuevo ser. Este niño tan apreciado y amado se estrenaba en un mundo peligroso, en el que al crecer, debería prepararse ante los conflictos por simples opiniones contrarias. No era de familia rica, pero tan solo con 2 añitos y medio encontró un utensilio que le fascinaría. Este utensilio del que hablo, era tan mágico que hacía que en sus ojos vieras el resplandeciente sol y que en su rostro aparecieran pedacitos de arcoíris resbalándose por unas mejillas coloradas de tanto jugar. Ante la duda de su descubrimiento guardó ese objeto tan común (sobre todo hoy en día), pero que para él valía más que mil calderos llenos de oro.

Tras varias semanas, en las que la incertidumbre de donde usarlo o que hacer con él le llenaban de preguntas se decidió a ir a sus queridos hermanos que siempre le acompañarían y le harían reír para saber que era aquello. Corriendo por unos pasillos luminosos, llegó a ellos, que hacían concentrados las tareas de la escuela. Su sorpresa llegó, cuando vio que ese objeto que a él tanta alegría le daba no era único. Con uno igualito que ese, sus hermanos, sobre unos antiguos cuadernos escribían bonitos números y delicadas letras. Tras unos segundos de silencio, comprendió que, esa cosa que tenía en sus manos pintaba líneas oscuras y finas sobre papeles:

- ¿De qué se trata este objeto?
- Es un lapicero. Como ves, nosotros escribimos números y letras con él, pero sin darle forma a eso que hagas puedas hacer simples líneas y puntos.
- Toma esta hoja, piensa que quieres hacer sobre ella y pruébalo.

Nuestro protagonista admirado por ese objeto que había guardado durante semanas para descubrir sus funciones y su nombre, al final cogió la hoja y dando saltos maravillado, se dirigió al comedor para ponerlo a prueba. Comenzó por hacer un garabato sin sentido alargado y poco visible:

- “Si puedo hacer líneas largas y poco visibles, podré hacerlas muy fuertes, pero igual de largas”.

Emocionado todavía más por como un simple palo de madera podía crear dibujos de lo más bellos siguió probando todo tipos de trazos.

Cuando aprendió en la escuela a escribir, y supo en vez de hacer solo líneas darles forma y hacer cálculos, ese objeto tan sencillo que desde el primer día le había sorprendido de semejante forma le obligó a seguir usándolo, a ver si pronto sería capaz de ordenarlas de forma que haría maravillosos dibujos. Con más entusiasmo continuó con sus prácticas de crear trazos con o sin sentido.

Los profesores son aquellas personas que siempre se dan cuenta de tus debilidades y de tus aficiones; de lo que te gusta y de lo que no. A un profesor no intentes engañarle siempre descubrirá tus sentimientos y emociones más íntimas. El profesor, como no, descubrió su fascinación por el lapicero y sus ganas de ordenar líneas para poder dibujar y decidió ofrecerle su ayuda. Resulta que no solo era un apasionado de la enseñanza, sino que, en el fondo, el dibujo era un arte que le encantaba y le hacía feliz.

Nuestro protagonista, aprendió y perfeccionó el dibujo en tan solo un par de años, ya que, aparte de gustarle tanto, se le daba de maravilla. Se pasaba los días queriendo autorretratarse, con emoción de dibujar a su familia o crear sobre su papel la mejor fuente de inspiración que se podía tener, los bonitos paisajes de Huesca.

De joven siguió trabajando ese fabuloso arte que tenía como prodigio y Ramón Acín creó cuadros como los que encontramos ahora en el Museo de Huesca, sin olvidar que han sido creados todos gracias a ese maravilloso lapicero que se encontró de pequeño.

Bien, ahora dirás, ¿y por qué me estás contando semejante historia del conocimiento de un lápiz para un niño que provocó obras de exposición?; yo te voy a contestar que realmente no sé si fue así cómo Ramón descubrió el primer lapicero, pero que viendo sus cuadros en el museo de Huesca me he distraído y he acabo imaginándome un auténtico

relato. No te lo creas que me lo he inventado enterito, pero disfrútalo mientras lo leas a pesar de lo cortito que sea.